II.

Lanzado el doncel Hinestrosa en la fortaleza de la Alcazaba, por mucho tiempo gimió en la soledad y lobreguez de tan dura prision, sin ver la luz del dia, y sin oir ningun eco humano mas que el áspero acento de un brutal carcelero, que alguna vez se presentaba á suministrarle un negro y escaso pan y una corta racion de agua.

El jóven cristiano, acostumbrado á la regalada educacion de su noble casa, á la abundancia de su fortuna y á disponer de sus vasallos en el pingüe señorío que heredara de sus progenitores, hubiera en su corta edad sucumbido al peso de tan horrorosa servidumbre, si su corazon no hubiese estado fortalecido por los azares de la guerra, por las privaciones y los sufrimientos de una larga campaña, y por la vigorosa resignacion que consuela al hombre virtuoso, cuando sus padecimientos son originados por el ejercicio de acciones grandes, religiosas y patrióticas.

Entregado estaba el desventurado mozo, ya á los lúgubres sentimientos que su penosa situacion le sugeria, ya á los gratos recuerdos de los felices dias de su infancia, ya á la oscura é impenetrable perspecti-

va de un porvenir tan incierto, cuando una noche, al entrar el carcelero á echarle en el suelo el amargo alimento que sustentaba al ilustre prisionero, le entrega un papel cerrado, le dice que lo lea, que lo rompa al punto, y ejecute lo que en él se previene. ¡Cúal seria la sorpresa del desconsolado D. Gomez al considerar, que tan solo y abandonado del mundo, habia aun algun viviente que se acordase de su existencia, y ejecutase un acto tan arriesgado como el de comunicarse con un cristiano esclavizado en la lid! ¡Y cúal su impaciencia y su profundo sufrimiento, reflexionando que no le seria dado saber el contenido de aquel papel misterioso, porque la oscuridad de la noche se lo estorbaba, y la hermosa luz del dia no penetraba en el lóbrego y estrecho recinto del subterraneo! Su pesar era aun mayor que el que le atormentaba antes de tan sorprendente acontecimiento: su fogosa impaciencia le devoraba, le auyentaba el sueño, y le hacia desear que volasen las horas, con la alagüeña esperanza de que quizás algun rayo de sol, ya que no penetrase en tan cerrado y hondo albergue, trasmitiese siquiera la escasa luz que distingue el dia de la noche en un oscuro calabozo. Cuando aquel astro iluminaba el mundo desde el cenit, comenzó Hinestrosa á conocer que el dia habia alejado las tinieblas para los felices mortales que gozaban libertad, y que quizás, aunque no sin estraordinario trabajo, podria leer el papel que tanto habia despertado su curiosidad y su esperanza. Un altísimo torreon que cobijaba la bóveda de la mazmorra, desprendido de su base por el peso enorme de los siglos, dejaba percibir alguna claridad, semejante á la

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

que se descubre en un espacioso templo gótico, alumbrado por una moribunda lámpara en la oscuridad de la noche. Despliega el cautivo apresuradamente el papel, como si temiese escapar de sus ojos aquella imperceptible luz que tanto alegraba su alma, y acercándolo á su vista, puede confusamente distinguir estas sucintas palabras: «*Cautivo, ten esperanza, confia en tu Dios; dispone á partir, á riesgo de perder la vida, y tal vez serás libre.*» ¡Cúal seria la sorpresa de Hinestrosa al ver interrumpida la especie de letargo en que se hallaba sumido por la soledad y las tinieblas del lóbrego subterraneo, y por la postracion de sus fuerzas y desaliento de su espíritu angustiado con tan amargo padecer! Dejaba unas veces estasiarse su imaginacion con las ideas alagüeñas que se le presentaban, contando ya por inmediato el momento de su libertad, y por seguro el unirse pronto al ejército de Castilla, que quizá se enseñoreaba victorioso en la fortaleza de Antequera, ostentando en sus altos torreones el estandarte cristiano. Otras, dominado por aquella cruel desconfianza, que hace desesperar de todo porvenir afortunado, se entregaba á tan desconsolado desaliento, que su triste imaginacion solo le representaba las ideas aterradoras de esclavitud y de muerte.

Era á esta sazon alcaide de la Alcazaba Aben-Amir, hombre poderoso, de muy encumbrado linaje, y moro de alto valimiento en la corte de Juzeph, rey de Granada. Tenia aquel una hija que apénas rayaba en los diez y siete años, de muy apuesto talle, de hermosísimo rostro, y dotada de aquella vehemencia de pasiones, que son el feliz distintivo de las que nacen

bajo la influencia del clima meridional de España. Como hija única del rico é hidalgo alcaide, habia recibido una educacion no comun, y apesar del recogimiento y recato con que eran criadas las damas granadinas, segun la austera severidad de los árabes, habia adquirido aquella robustez de imaginacion y aquel ardiente entusiasmo, que en tan corta edad son efecto del claro talento unido á la lectura de romances caballerescos y á la refinada civilizacion de las clases elevadas. A pesar de todo el celo de su padre y del director de su educacion, habia podido burlar con las travesuras de su sexo el cuidadoso ahinco con que le impedian que adquiriese conocimientos sobre las máximas de otra religion que la mahometana, y que se ocupase en las leyendas que tanto ensalzaban y hacian envidiable el nombre cristiano, por el estraordinario valor en defensa de la fe y la rendida galantería en obsequio de las señoras de sus amores. Cada vez que la bella Zayde (que así se llamaba la hija de Aben-Amir) escondida en su aposento y separada de su vigilante preceptor y de sus perseguidoras damas, leia algunas de las proezas de los caballeros castellanos, su imaginacion se exaltaba, cual si corriese por sus venas la sangre cristiana. y fuese suya la patria en cuyo obsequio lidiaban aquellos religiosos guerreros: su alma se veia conmovida de una vehemente simpatía, por la suerte de los que con tanto denuedo peleaban en defensa de su religion y de su pais; y por los que, dedicando todo el fuego de su amor el mas constante á una sola dama, la hacian señora de su corazon y la rendian un culto casi divino y esclusivo. La idea de verse dueña de un corazon tan estimable,

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

en el cual ella sola tuviese imperio, sin temer que osara á disputarselo una rival, la encendia en tan vivas ilusiones, que creia, consiguiendolo, hallar su suprema ventura. No temia para alcanzarlo arrostrar los mayores peligros, y aun abandonar la religion de sus padres; religion que por otra parte la creia muy inferior á la del Crucificado. La timidez propia de su débil sexo desaparecia de su corazon, cuando se poseia de este heróico pensamiento; y animada de una fortaleza varonil y grande, ansiaba realizar con denuedo la idea de verse amada por un caballero cristiano.

Tal era la disposicion del ánimo de la jóven Zayde, cuando al ser conducido el guerrero Hinestrosa á la prision del Albahicin, y al entrar en el castillo de que era alcaide Aben-Amir, vió y tuvo tiempo de observar la gallarda presencia, el noble semblante y la resignacion heróica que se descubria en el caudillo castellano. La nueva esparcida por la ciudad sobre el rebato de Antequera, sobre la rota de los moriscos y sobre el triunfo de las armas del infante D. Fernando, habian hecho fijar mas notablemente los ojos en el jóven cautivo, tanto por el desgraciado suceso en que perdió la libertad, como por ser el único prisionero de las huestes enemigas, y por la ilustre cuna que descubria en su hidalgo continente.

Desde el momento en que la hija del alcaide, asomada cautelosamente por la celosía de las ventanas de la fortaleza vió al infeliz cautivo, sintió herida su alma de aquella tierna compasion que suele ser precursora de un amor aun encubierto, y que insensiblemente se trasforma en esta pasion irresistible, sin

conocerlo el que por ella se vè sojuzgado. Aquel heroe de la guerra, de la religion, y de los amores, que tantas veces se habia representado la doncella mora en su ardiente fantasía, y al cual sacrificaría ansiosa su corazon y bien estar, su creencia y hasta su vida, lo vió representado en el bravo doncel á quien la suerte de las armas habia reducido á la amarga condicion de la servidumbre. Inquieta y desasosegada tenia clavados sus ojos en el cristiano proscripto, engreida con el encanto que descubria en su noble aspecto y en su afable rostro, hasta que fué lanzado en la horrorosa caverna que le estaba deparada.

Desde aquel instante la inesperta Zayde, que no habia conocido mas que un amor ideal y poético, comenzó á sentir toda la vehemencia de esta pasion fogosa, aunque sin comprender que era dominada por ella, y que se ardia su corazon y se exaltaba su alma; semejante al que incautamente ha bebido el mortal veneno, y desconoce la causa del incendio volcánico que le devora. Ya le eran molestos los recreos que otro tiempo hacian sus delicias: ni los bellos y encantados jardines que reciben en su seno las mansas aguas del dorado rio, cuyo tortuoso curso se entorpece con las abundantes y variadas flores que por ambas márgenes lo ciñen: ni los paseos por el inimitable alcázar, centro de todas las bellezas de las artes, teatro otro tiempo de sus inocentes juegos y de la inconstante galantería de sus amadores; ni la vista de la sierra plateada, cuya cumbre se confunde con la esfera celestial; ni tampoco la halagüeña perspectiva de la anchurosa vega bañada por cien raudales del Genil, engalanada con arboledas de innumerables fruta-

les y animada con multitud de pueblos que embellecen aquel eterno paraiso. Nada dulcifica la amarga melancolía de que se ve poseida la soledad, el retiro y la imágen del objeto que le ha robado su venturosa quietud, es el único que mitiga el tédio de su existencia. Entregada á todas horas á la contemplacion de los medios de salvar al desgraciado cautivo, jura en su interior acometer la accion grande y generosa de darle libertad. ¿Mas cómo intentarlo siquiera? ¿Cómo ejecutarlo, observada por un rigoroso padre, espiada por sus celosas damas, y sin un solo confidente á quien hacer partícipe de un secreto cuya violacion le costaria la vida, y haria morir en el tormento de las puntas de las cañas al jóven cristiano, objeto de su tierna compasion?

Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

III.

La guarda del cautivo Hinestrosa estaba confiada á un viejo moro, de fiero semblante, de adusto genio y de un corazon encallecido, insensible á los padecimientos de la esclavitud, y no por bondad de alma, si no por temor de perder su cabeza, incorruptible aun á la seduccion del oro. Habia pasado todos sus años custodiando las llaves de las oscuras mazmorras, y se hallaba ahora en la edad decrépita, ejerciendo

el mismo encargo, por la ciega confianza que de su bárbara probidad hacia el alcaide Aben-Amir. Habia visto nacer á la bella Zayde, la habia alguna vez entretenido en los juegos pueriles, y estaba tan sometido á los halagos seductores é inocentes con que la juventud suele ser árbitra de la ancianidad, que no seria capaz el viejo carcelero de resistir á una insinuacion de tan sagaz y amable criatura. Un dia que pudo esta hablarle por un momento á solas, lo colmó de caricias, de espresiones cariñosas, y le hizo el don de algunas alhajas con que le decia querer premiar los buenos servicios de tan honrado carcelero; y le indicó la santa empresa, que fingió bullir en su imaginacion de catequizar y convertir á la ley de Mahoma aquel jóven cautivo hecho esclavo en la rota de Antequera: por que era dolor ver que un guerrero de quien se habian hecho tan raros elogios, estuviese imbuido en las falsas máximas de la secta cristiana. El imbécil guarda, dominado por el fanatismo de sus absurdas creencias, y por la religiosa idea de contribuir á formar un prosélito; y seducido por un corazon á quien creia inocente é incapaz de ningun doblez, se manifestó dispuesto á tan piadosa empresa.

La apasionada Zayde rebozando de gozo su alma por el fácil medio que se le presentaba de trasmitir algun pensamiento al objeto de toda su ansiedad, trató ya de comenzar el osado proyecto, imposible tal vez de realizar, y superior á los débiles medios con que para ello contaba. Pero ¿de qué no es capaz una juventud fogosa, estimulada por una imaginacion de fuego y por un entusiasmo religioso y caballeresco, al paso que encendido por un iluso amor! Recordó

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

que el ignorante carcelero ni aun leer sabia, y que confiado tan á ciegas en la certeza de cuanto le habia propuesto, seria fiel conductor de un papel que no podria leer por ignorancia, ni darlo á otro para que lo leyese, por no revelar una confianza que le costaria la vida: y cuando pudo, sin riesgo de ser vista de las damas, escribió y entregó al viejo llavero, con encarecido encargo de la eficacia y del sigilo, aquel papel que tanto sorprendió al desconsolado D Gomez de Hinestrosa; encargándole que este lo rompiese al punto, y ejecutase lo que en el se prevenia.

Ya la apasionada Zaide habia ejecutado el primer acto de arrojo que le preparaba el camino, y que le animaba á mayor audacia, cuando á poco tiempo supo haberse evacuado sin contratiempo el arriesgado mensaje. Ahora faltaba la realizacion de la atrevida empresa, que inflamaba su alma, ofuscaba su razon y la tenia sumida dia y noche en tan complicados pensamientos. Ella habia escitado al jóven cautivo á que se dispusiera á partir, arrojándose á todo peligro hasta el punto de perder la vida por rescatar su libertad; y creia, no sin fundamento, que un caballero valeroso seria capaz de la mas ardua empresa. Meditó el plan, y comenzó sin arredrarse á ponerlo por obra. Era su ocupacion comun la de elaborar cairelas y preciosos adornos de seda, y el repuesto de esta que tenia destinado á tan útil entretenimiento, lo empleó en labrar un grueso cordon por las noches cuando estaba descuidadamente sumergida en un profundo sueño la camarera que le acompañaba en su dormitorio, se entretenia en formar una escala de muchas varas, que al aproximarse el dia ocultaba detras de

JUNTA DE ANDALUCIA

las colgaduras de su aposento. Sabia la astuta Zayde que el antigno torreon, bajo el cual yacia aherrojado el cristiano, se hallaba en su cúspide algo demolido, y que podia tal vez sin mucho trabajo abrirse el hueco suficiente, por donde cupiese una persona; y esta idea le surgió el medio de facilitar la fuga del desventurado prisionero. Necesitaba para ello que le descargasen de las gruesas cadenas que le impedian el menor movimiento; y con dádivas y con caricias inocentes y pueriles pudo alcanzar del estúpido carcelero que le quitase aquel insoportable peso. Cuando lo hubo conseguido, preparó dos vestidos de su padre Aben-Amir, y los ocultó cuidadosamente en su aposento. Nada faltaba ya para la arrojada tentativa, é impaciente se le hacian eternos los dias que dilataban su ejecucion. Una noche, cuando su anciana camarera se hallaba entregada á un sueño tan tranquilo como la muerte, tomó la escala de seda, los vestidos, y una lámpara, salió con sumo silencio del aposento, y palpitando su corazon de zozobra, se dirigió á una escalera oculta que comunicaba con la cima de la torre inmediata, bajo cuya bóveda dormia desasosegado el objeto de su juvenil arrojo. Llega al sitio donde habia visto algo demolida la techumbre de piedra, lo observa, ve que á costa de algun esfuerzo podrá abrir un agujero del círculo de un hombre, comienza la obra solo con sus delicadas manos, y ve imposible realizar con fruto tan arduo trabajo, desprovista de todo medio para facilitarlo, y casi desmaya y retrocede en su empresa.

Ya se acercaba la luz del dia, nunca menos deseada para ella, y fuéle preciso desistir por aquella no-

che de tan imposible empeño, volviéndose sigilosamente al palacio y á su aposento, y dejando ocultos en los adarves la escala y los vestidos. Su camarera no habia despertado, ni podido sospechar siquiera la ausencia de su señora; y esta sin dejar de insistir en consumar su tentativa, se proporcionó un puñal damasquino que le facilitase ó el medio de alcanzar su intento, ó de privarse de una vida tan acibarada por la inquietud y el desconsuelo. A la noche siguiente, cuando toda la familia reposaba en el mas profundo sueño, volvió á salir en silencio, llevando la lámpara en una mano y el puñal en la otra. Con la acerada punta de este se esforzaba en abrir una especie de brecha en la bóveda del torreon, y ya casi desmayaba, sin esperanza, cuando de repente una gruesa piedra, que apenas era sostenida por un imperceptible punto de apoyo, se desprende y cae dentro de la mazmorra que sirve de prision al cautivo. Hubiera este perecido al descender con terrible violencia tan enorme mole en lo interior de la torre, si por suerte no hubiese estado reclinado bajo una de las concavidades de la estrecha caverna: despierta entonces despavorido, eleva sus ojos á la altura y divisa á lo léjos un rayo de luz artificial, que hiere por primera vez sus ojos desde el principio del cautiverio. La audaz Zayde desenvuelve en tanto la escala de seda, ase una de sus estremidades en las almenas del torreon, y dirigiendo la otra á lo interior de este, dice con voz ahogada y tenebrosa: «*cristiano si tienes valor y deseas tu libertad, sube aceleradamente por esa escala.*»

El infeliz cautivo, que desde el instante en que le-

yó los misteriosos renglones llevados por el carcelero, vivia en continua inquietud, esperando siempre los efectos de tan misterioso papel, no bien despertó despavorido de su tormentoso sueño al ruido de la piedra descendida, se levanta aceleradamente, ve aquella luz que le deslumbra, oye por primera vez la dulce voz que distingue ser de una muger, y palpitando su corazon de gozo, se apresura á subir por la escala, y llega en pocos instantes á la altura de la torre. «¿Quién eres (dice) muger ó divinidad, que tan generosamente espones tu vida por dar la libertad á un infeliz olvidado del mundo, y destinado á perecer en la servidumbre?» Mas ella le contesta que no era aquel el momento de ocuparse en satisfacer tan justa curiosidad, sinó en el medio de salvarse del inminente riesgo que les amenaza. Entónces coloca ella la escala por el esterior de la torre, pendiente de una de sus almenas, y le dá el ejemplo de bajar, instándole á que le imite: lo ejecuta precipitadamente, y en breve se ven ambos fugitivos fuera de la fortaleza de la Alcazaba. Allí abandona Zayde la escala y la luz, da al doncel Hinestrosa el vestido morisco para que inmediatamente se cubra con él, y ocultándose ella por un instante de su compañero de riesgos, se coloca el otro vestido que al efecto tenia preparado, y «cristiano (le dice), no ignoro que eres un noble caballero de las mas ilustre sangre de los castellanos: he sabido con entusiasmo el valor casi invencible de tu alma, y las estraordinarias hazañas con que has hecho célebre y memorable tu nombre. Un irresistible movimiento de mi corazon, exaltado por el ardiente entusiasmo que encienden las grandes acciones, me ha conducido

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

á esta atrevida empresa, que la fria razon calificará de imprudente, pero que yo no he podido resistir. Conozco la fé que profesas: mi convencimiento me inclina á abrazarla: estoy dispuesta á ir contigo á cualquier parte: eres cristiano y caballero; yo soy doncella, hija del alcaide Aben-Amir: tu honor será mi mas robusto escudo.» Hinestrosa promete corresponder noblemente á tan singular y generosa accion; y poseido de una gratitud amorosa, besa la mano de la doncella, y le jura que no se separará de su lado, y que morirá en su defensa, si preciso fuere. La inesperta Zayde se ve conmovida por un dulce sentimiento que jamás habia gozado con tanta vehemencia, por que jamas se habia enamorado en realidad; y el noble corazon de Hinestrosa se conmueve por las generosas emociones del agradecimiento, hasta el punto de sentir en su interior una pasion que nunca ha esperimentado, y que le arrebata.

Con casi invencibles obstáculos habia luchado la fogosa Zayde para dar libertad al cautivo, y ya habia conseguido lo que mas ardientemente anhelaba. Faltaba ahora ponerse ambos en salvo, y evadirse á la activa persecucion que habrian de sufrir por parte del Alcaide al saber este la inesperada fuga. Unidos estrechamente los corazones de los dos incautos mozos, aunque tal vez sin conocerlo, descienden apresurados por el delicioso monte matizado de frondosisimas flores, en cuya falda se entretiene engreido el perezoso Dauro perfumando sus saludables aguas: por su márgen derecha, y ocultándose bajo los opulentos nogales, alisos, fresnos, naranjos, guindos, almendros y otros varios y frondosos árboles, llegan á la ciu-

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA

dad, atraviesan la plaza de Bib-Rambla, y antes de alumbrar los primeros albores de la mañana, cubren su rostro con un Chal morisco y salen á la vega, sin ser notados por las guardias.

D. Gomez de Hinestrosa al caer cautivo en el cerco de Antequera creyó haber sido tomada esta fortaleza por los cristianos, y persuadido de que en ella y en Archidona ondearia el estandarte de Fernando, esperaba poder hallar en breve un seguro asilo que pusiese en defensa sus vidas, y especialmente la de la generosa Zayde; y engañado con este terror, se dirigió apresuradamente hácia aquella parte.

Apenas los fogosos mancebos habian atravesado la florida vega granadina, y perdido de vista el encumbrado monte poblado de amenísimos jardines, en cuya falda se señorea la ciudad, el cuidadoso carcelero entra en la torre de la Alcazaba para dar el escaso alimento al cautivo, y se queda atónito al ver que no halla en ella á su prisionero: observa que se percibe alguna claridad en el lúgubre aposento: ve en el suelo los escombros de la bóveda demolida; mira á lo alto, y al punto conoce que por aquella abertura ha conseguido su evasion. Sale despavorido, alarma la guardia que vigilaba la puerta, alborota el palacio del alcaide, hace que despierten á su señor, que descansa regaladamente entregado al sueño: levántase presuroso el anciano Aben-Amir, á quien aquel refiere lo que acaba de sorprenderle: al ruido despiertan tambien las damas de Zayde, que en el instante notan la falta de su señora; y se pone en consternacion toda la fortaleza y todo el Albaicin al saberse tan inesperado y funesto acontecimiento.

El alcaide encolerizado contra el cautivo, que cree será el seductor de la imprudente jóven, y contra esta por su pérfida complicidad, manda que apresten un brioso caballo, y que parte de su guardia le siga. Recorre presurosamente todos los pueblos de la vega; pero en vano: vuela despues á las cercanías de Loja, y apenas puede conseguir algunas confusas noticias que indican haberse visto á dos mozos errantes y en direccion á los campos de Archidona.

Al acercarse Hinestrosa á aquel fuerte, que juzga dominado por los cristianos, conoce que se halla aun sometido al poder de la media luna, y que Antequera no ha sido tampoco asaltada por los castellanos: toma entonces el rumbo hácia la frontera, y desfallecida de la sed y del cansancio la delicada Zayde, acostumbrada á los regalos de una vida muelle, páranse á descansar al pie de un altísimo peñon, cuya cima parece tocar al cielo. Apenas se habian entregado á un momentaneo reposo, divisan un grupo de árabes á caballo, y conocen ser el agraviado alcaide con algunos de sus guardias. ¿Qué podrian hacer los fatigados amantes en situacion tan apurada, desalentados del cansancio y de la falta de alimentos? Ni era posible esconderse á las perspicaces miradas de sus perseguidores, ni huir á vista de tan veloces caballos. En tal conflicto un solo medio les quedaba para retardar algunos momentos la muerte que infaliblemente les aguarda. Se encumbran con suma dificultad por aquel peñon descarnado y pedregoso, cuya subida escabrosa apenas es practicable sin grave riesgo. El padre de Zayde conociendo la imposibilidad de lle-

JUNTA DE ANDALUCIA CONSEJERIA DE CULTURA P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

gar hasta la altura en que se habia refugiado, con semblante sañudo y voz aterradora les manda descender, amenazándoles si desobedecen, darle una muerte la mas cruel y horrorosa. Del mismo modo les amonestan los guardas del viejo alcaide, haciéndoles ver que solo humillándose á los pies del afligido padre podrán conseguir templar su justo enojo y conseguir su perdon. Mas todo en vano: Hinestrosa y su libertadora persisten en salvarse refugiados en la inaccesible cima. ¡Miserable recurso con que los engañaba su ceguedad! Los de á caballo se apean, é intentan subir al peñon; pero el valeroso cristiano defiende heróicamente la subida con galgas, palos, piedras y cuanto encuentra á la mano, y puede servirle de armas en situacion tan desesperada. Enfurecido Aben-Amir hace que vayan de Antequera ballesteros para que desde lejos les dirijan saetas: los amantes conocen entonces que su resistencia es inútil y temeraria; mas temiendo sufrir en manos de sus perseguidores una muerte llena de tormentos, se abrazan fuertemente entre sí, y se arrojan del peñon abajo por aquella parte en que los estaba mirando y llenando de denuestos el cruel y sañudo padre. De esta manera antes de llegar al pie de aquella empinadisima colina fallecen los desventurados amantes con lástima de cuantos presenciaban tan horroroso espectáculo. Al rumor del suceso acuden las gentes de los pueblos comarcanos, y sepultan los cadáveres de los dos desgraciados fugitivos, á pesar de la oposicion del fiero padre, juntos y en el mismo sitio donde perecieron.

Tal fue el doloroso fin del esforzado D. Gomez de

Hinestrosa; y tal el desastroso resultado de la osada empresa acometida por la ilusa Zayde, cuyos benéficos sentimientos y ardiente imaginacion eran dignos de mejor suceso. Desde este desgraciado acontecimiento es conocido aquel elevado monte con el nombre de la *Peña de los enamorados*.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

LA TORRE
DE LOS SIETE SUELOS.

POR

D. José Joaquin Soler de la Fuente.

I.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Corrian los años de 15..... (1) D. Mendo de Alcaraz, alcaide en este tiempo da la fortaleza de la Alhambra, estaba casado con D.ª Mencia de Sanabria, de cuyo matrimonio tenia siete hijos, el mayor de ocho años. Felices vivian, al parecer, sin que ninguna amargura turbara el reposo de su existencia; empero bien distantes estaban de creer los que aquello suponian, el verdadero estado de su situacion. D. Mendo de Alcaraz, era de un genio tan vivo y

(1) Esta tradicion está sacada de los papeles de una antigua casa de..... donde se conserva la historia de la causa seguida por los tribunales.

soberbio, que algunas veces degeneraba su rabia en locura, siendo de temer en tales momentos cualquier violento esceso. Era ademas de un carácter débil, inclinado á pensar mal de todo el mundo, y á dar incremento á chismes y sospechas, que á fuerza de reflexionar en ellas las creia realidades, figurándose la cosa mas natural del mundo lo que jamás pudiera suceder por la inverosimilitud de que se hallaba revestida.

Nueve años llevaba de union con D.ª Mencia, y en todo este tiempo, ni la mas leve queja habia salido de los labios de su esposa, á pesar de las continuas reyertas y malos tratos que le proporcionaba el endiablado genio de D. Mendo. Ligada á éste por razon de intereses, y sin profesarle el amor mas mínimo, llevaba una vida de mártir, sin tener otros placeres que el cuidado de sus hijos, cuya inocente sonrisa y halago recompensaban en algun tanto sus pesados sufrimientos.

Vino por entonces á Granada un antiguo conocido de D. Mendo, quien á instancias de éste se habia alojado en su casa. D. Hiscio Riaño, que asi se llamaba el amigo, era un viejo de una libertina conducta, gastado por sus desastrosas costumbres y asaz mal intencionado. Vió á D.ª Mencia que apenas contaba veinte y seis años, prendáronle sus hechizos, y resolvió añadir una nueva consquita al catálogo de las suyas, creyendo encontrar en esta mujer la fragilidad que en las demas que tratara.

Vanos fueron sus intentos. Rechazado por Doña Mencia con un teson digno de elogio, era por la pri-

mera vez burlado en sus esperanzas, y por la vez primera despreciado de una mujer.

De este contratiempo nació en su corazon dañino y cruel, una horrible idea, que fijándose cada dia mas, concluyó por determinarse á ponerla en práctica. Aborreció entrañablemente á D.ª Mencia, y quiso vengarse. Su larga amistad con D. Mendo le habia hecho conocer lo débil é irascible de su genio, y pensaba aprovecharse de esta circunstancia para el logro de su proyecto. Tal era el estado de las cosas cuando empezamos esta tradicion.

II.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

En una sala amueblada con elegancia y lujo de la casa del alcaide en la Alhambra, estaban fumando despues de comer D. Hiscio y D. Mendo, sentados en muelles sillones de pluma. Un balcon abierto en el testero del mediodia, dejaba ver las frondosas copas de algunos árboles que se levantaban hasta allí, y el hermoso azul del cielo, sembrado de algunas blancas nubecillas. Al lado del balcon estaba D.ª Mencia durmiendo en sus brazos al hijo menor, y rodeada de los seis retantes que se entretenian en inocentes juegos.

—¡Magnífica tarde para pasear! dijo D. Mendo